



Dimensión musical

Manjit

Fin de año, habitualmente es una época perfecta para compartir en familia, descansar del trabajo, de la rutina diaria impuesta por una metrópolis como Bogotá, escapar de la realidad, o al menos eso es lo que muchos habitantes sienten y piensan. Navidad, ocasión perfecta para apreciar un momento diferente, abrir regalos, cantarle al niño dios, compartir con la familia, degustar el paladar con bocados inigualables y propios de la época, en algunos casos salir de viaje, emborracharse, bailar, divertirse, sonreír, pasar momentos únicos con personas desconocidas y satisfactoriamente agradables por su talante alcoholizado, sucesos cotidianos, convenciones sociales programadas para coordinar la conducta de cada habitante, convirtiendo esa manipulación en un hábito heredado desde la llegada de aquellos colonizadores que galopaban caballos imponentes y poseían armaduras temerarias, moldeando a los seres humanos potenciales para un desarrollo cósmico, en completos borregos, ubicados en lo que ahora son las ciudades, granjas humanas; eso era lo que pensaba aquel chico de mirada profunda, oídos atentos a las melodías y de caminar distante entre las calles frías y las sonrisas estrepitosas de la gente que celebra sin cuestionar el por qué lo hacen, solo caen dormidos en el telar de las falsas creencias, internalizándolas y convirtiéndolas en la realidad cotidiana a vivir; escuchar aquellas sonrisas, observar cómo el alcohol se vierte en el cuerpo, llega al cerebro y altera la realidad de quienes bailan y celebran al ritmo de las canciones que suenan en el mismo mes, en los mismos días, a la misma hora, por las mismas emisoras, para recordarles cómo se debe celebrar y que se debe decir cuando haya que mentir: se convertía en un ritual de cada año. Así mismo en los días siguientes el ambiente tiende a tornarse indolente, los cuerpos suelen quedar pesados y es mejor no salir, por el contrario, aprovechar del cine eufemista presentado

por la caja cuadriculada cada vez más perfeccionada y absurda que devora ideas, otros por su lado aprovechan estos días para continuar en el despilfarro de una vida sin sentido y sometida al trabajo aniquilante, a la rutina que suele ejecutar sin más temor los tiempos de ocio tan perfectos para la creatividad y la reflexión.

Por otra parte, el juego con los amigos de la infancia es perfecta siempre y cuando haya un toque de travesura y osadía; las vacaciones siempre son una ocasión maravillosa para jugar, salir, aprovechar los días soleados y alegres, los días fríos y taciturnos, para intentar seducir niñas con vestidos delicados como la sonrisa y la mirada sublime que las acompaña, un momento perfecto para olvidar éstas celebraciones adultas tan absurdas, aprovechar para estimular y deleitar la imaginación con canciones que elevan la mente y el espíritu. En cuanto a los regalos, son un pequeño detalle que incitan desde muy pequeño a vincularse a esta red de creencias y hábitos fútiles que rezagan el desarrollo de la humanidad (pensamientos de esta índole eran los que rondaban por la cabeza de aquel chico que sonreía en vacaciones y se escondía para lograr escuchar su música sin ruido alguno), y que a la vez no podía ocultar su inquietud por este repertorio conductual incoherente de las personas: las dudas siempre fueron la materia prima de aquella esencia inherente de este chico.

El tiempo en su movimiento incesante promueve el crecimiento de los organismos vivos y también su descomposición; pasan los días, las semanas, los meses, los años, el niño de caminar distante ha crecido, ha adoptado ideas cada vez más divergentes, las dudas en cada momento son más profundas y certeras frente a lo que observa, escucha, huele y siente, sus pensamientos suelen estar acompañados de un ca-

rácter incrédulo y en ocasiones arrogante; no cree en lo que dicen en las calles, ni en las noticias, ni en los periódicos, siente que lo han engañado desde que nació, que la corta vida por la que ha transcurrido está ligeramente manipulada por pocos con un poder tan grande capaz de disfrazarse en el diario vivir de los habitantes de una granja desorganizada y analfabeta. El transcurso de los días se torna tedioso y desorbitante, el sentido de la vida se pierde cuando se descubre la falsedad que danza de manera arrítmica en la atmósfera de la ciudad, del país y hasta del mundo entero. La mirada profunda y el caminar distante del chico que ahora es un joven solitario siempre reveló un fuego interno, algo diferente a lo que se veía en los demás chicos que ahora comenzaban a adoptar las creencias y los hábitos de sus modelos a seguir. En un momento inesperado, mientras escuchaba el eco de las gotas que resonaban entre algunas ideas delirantes en una noche lluviosa, y exasperado de estas tradiciones ficticias en las que vivían y en la que todavía viven los borregos, el chico decide cambiar su rutina para aventurarse por el mundo, intentando resolver todas sus crisis existenciales que no lo dejaban en paz ni un solo momento, intentando resolver esas dudas e inquietudes que caracterizan su curiosa personalidad por descubrir eso que nos hace tan diferentes y complejos encontrando así, en el transcurso del viaje, paisajes inolvidables, entornos libres, aromas exquisitos, sonidos puros, despojados de toda contaminación humana, pasando por situaciones agradables y desagradables. El trato con los pobladores en ocasiones suele ser hostil; unos cuantos días después de haber salido, en una noche estrellada y solitaria, acompañada por el canto de las aves, el resplandor de las luciérnagas y un clima que abrigaba el espíritu, se encontraba aquel joven buscando algo que comer y donde dormir, se le había ocurrido mientras caminaba por la carretera introducirse

en la selva y sobrevivir por sus propios medios, poner a prueba su verdadero coraje, (lo que no sabía era que sucedería algo que cambiaría su vida para siempre); se presentaron inconvenientes por todo lado, el haberse criado en la capital dificultó su interacción directa con la naturaleza y aún más estando a oscuras aunque tuviese todo el arsenal necesario para tal aventura. En un instante, mientras iluminaba el horizonte con sutileza para intentar observar algunos frutos o un animal para comer, escuchó algo, un sonido mágico, diferente al ruido incesante, y muy particular frente a la pureza de los sonidos de la naturaleza: esta melodía tenía algo distinto, hacía vibrar todas las células, todas las fibras, todos los músculos de su cuerpo, sentía que cantaban y danzaban al unísono acercándolo lentamente a aquella fuente, así, sin más, siendo consciente de esta sensación divergente, se dejó llevar casi que bailando por el aire, aunque el horizonte era oscuro y lúgubre. Entre la penumbra de un árbol y la luz de la luna que brillaba como nunca se apreciaba un empaque negro y no muy grande, era un instrumento musical de color café rojizo, con un aspecto sublime y sensual, era inevitable no perderse en las curvas de su silueta, en la textura de sus cuerdas y en el sonido celestial que fragmentaba la materia cada vez que liberaba notas musicales al momento de rosar las cuerdas con el arco, el complemento perfecto de tan solemne instrumento, este estaba acompañado por un libro con un aspecto arcaico y con algunas hojas a punto de caer llamado: “LA DIMENSIÓN MUSICAL” .

La primera página comenzó con una pregunta que decía: ¿Te has detenido un momento, alguna vez en tu vida a escuchar la melodía que produce el universo y se descodifica perfectamente con las estructuras del cuerpo y la mente?

Sabía que lo que había encontrado era algo que cambiaría su vida, (desde pequeño sentía que la música era el alivio para esos momentos abrumadores y delirantes), este libro contenía en sus páginas secretos musicales descubiertos desde antaño que permitían apreciar un aspecto diferente de la vida, algo complejo y mucho más sublime, una realidad que se fragmenta en multiversos de tamaños colosales y otros diminutos; conocimiento que ha sido ocultado para no ser la mofa de aquellos incapaces de vivir y comprender esta realidad vibratoria. En las páginas descoloridas, corroídas por el viento y el polvo se encontraban las instrucciones explícitas para interpretar el instrumento y apropiarlo como una breve y necesaria extensión de la mente y del cuerpo, para evocar melodías extraídas de los diferentes espectros musicales, de los diferentes multiversos, una melodía exacta, con una sintonía perfecta, armónica, capaz de romper las ataduras mentales y emocionales, abriendo paso a las dimensiones donde se puede apreciar y sentir la frecuencia cósmica en la que oscilan los universos, permitiendo viajar por el espacio-tiempo para descubrir la realidad y sus diferentes componentes vibratorios; vislumbrando fenómenos para entender y ser parte del conocimiento que se oculta en los sonidos armónicos de un Do menor, de un La bemol, de las siete notas musicales esenciales para encontrar el portal que conecta este mundo tridimensional con las diferentes dimensiones, que suelen resultar ficticias para los ignorantes e inconcebibles para los escépticos. A partir de ese momento el mundo cambió totalmente, dió un giro rotundo, o quizá desde ese momento que jamás podré olvidar, lo que se transformó fue mi manera de interpretar y concebir el mundo, logrando entender cosas que antes no tenían sentido y permitiendo sentir emociones que nunca antes se habían manifestado. Éste encuentro con el instrumento que ahora llamo: “mi portal mágico” fue

lo mejor que pudo suceder, las penas se disolvieron en el ritmo de una melodía armónica, la ciudad ya no era un problema sino un medio para mis fines, las dudas y la inquietud se re direccionó a un estado de mayor complejidad y belleza, los días se tornaron de una atmósfera musical la cual disipaba el repudio diario por la humanidad, la realidad vibratoria repartida en diferentes frecuencias alimentan mi espíritu y mis ideas: el violín y lo que trae consigo fue el mejor regalo que pude haber recibido de esta paradójica creación.